Globethics Repository



Festín del deseo [Feast of desire]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Mendoza Álvarez, Carlos
Publisher	Departamento de Ciencias Religiosas de la Universidad Iberoamericana Ciudad de México
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-14 02:58:37
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/197927

Reseña

ÁNGEL MÉNDEZ MONTOYA, *Festín del deseo. Hacia una teología alimentaria*, Jus, México 2010. 296pp. ISBN 978-607-412-091-2

Carlos Mendoza Álvarez
Universidad Iberoamericana

Festín del deseo. Hacia una teología alimentaria es como un banquete suculento en el que los comensales somos invitados a abrir todos los sentidos para degustar el misterio de Dios en la creación y la historia. Cabe recordar que, ya desde antiguo, la teología de los padres capadocios evocaban esta *sensualidad* de la encarnación del Verbo de Dios que asume todo lo creado en el dinamismo de la *theosis* o deificación para transfigurar la creación entera, pues *lo que no se asume no se redime* (san Gregorio de Nacianzo).

Sin embargo, me parece que el libro es asimismo una atrevida coreografía con diversos movimientos y ejecutantes, que narra el drama del hambre en el mundo, alternando escenas sorprendentes propias del gesto de compartir la vida entre aquellas personas agraciadas con una fuerza amorosa que transforma lo que toca: las piedras en pan, el hedor en perfume, la oscuridad en luz de una amplia gama de matices, la indiferencia en caricia.

Nuestro autor esboza así un camino intelectual (del griego *méthodos*) en cuatro pasos: *1) molli*, *2)* saber/sabor, *3)* ser alimentado, y *4)* compartir el cuerpo del Mesías, para decir su propia experiencia de lo sagrado, o todavía más, de *lo santo* que percibe en su historia como una persona inseparable de sus pasiones en tanto coreógrafo, cocinero, intelectual y fraile dominico, todo desde una perspectiva post-secular propia de las sociedades posmodernas. En este sentido, cabe señalar que la obra tiene diversas claves de lectura: epistemológica, ontológica, de la historia de la cultura, filosófica y teológica.

Ahora bien, el talante original de esta *teología alimentaria de la creación* procede —en buena medida, pero no únicamente— de lo que el autor heredó de su director y amigo, el profesor John Milbank y otros mentores en las universidades de Saint-Louis Missouri, Virginia, Cambridge, Nottingham y últimamente con sus colegas en México. Con este libro, el autor se suma a la nueva generación

de teólogos que anhela la *intelligentia fidei et amoris* que caracteriza a la teología cristiana desde su nacimiento, pero recreándola desde una circunstancia cultural novedosa, a saber, la superación de la razón secularizada que había evacuado a Dios de la vivencia, la comprensión y la praxis de transformación de las realidades mundanas, incluido el cuerpo y la comida con sus versiones deformadas y pervertidas como son el hambre y la anorexia.

Tal es, en efecto, el telón de fondo sobre el que el autor, como *intérprete de las ideas posmodernas*, despliega una original y novedosa coreografía en tanto comprensión de la danza de la encarnación del Verbo de Dios en el cosmos y en la historia humana acaecida en la vida de Jesús, Mesías de Dios e hijo de María, quien es confesado por la Iglesia como *Arjé* (principio) de la nueva creación.

Volviendo a la metáfora culinaria como posible paradigma de la acción divina, el libro explica que la historia del mestizaje culinario que preside la cultura encuentra en el mole poblano, con su noble ancestro el *molli* mesoamericano, una *analogia fidei* original y poderosa para hablar del mestizaje humano-divino que conlleva la obra de la salvación. En efecto, así como los diversos ingredientes de ese extravagante platillo barroco —ideado por una monja dominica poblana con ingredientes indígenas, árabes y europeos— conforman una creación culinaria que recoge sabores y texturas tan dispares como el chocolate, las almendras, el caldo de guajolote, el plátano, el ajonjolí, las pasas, los chiles mulato, pasilla y tantos más, para integrarlos en una *salsa sublime* que excita al paladar, de manera análoga la encarnación del Verbo divino asume la creación entera en su rica diversidad de ingredientes, incluido el humano, para *deificar* la creación entera y convidarla a un banquete escatológico sin precedentes. La Sofía divina es quien prepara este manjar e invita a todos a sentarse a la misma mesa siendo ella la anfitriona.

Se trata de una poderosa metáfora para narrar el mestizaje divino-humano que confiesa el cristianismo con la fe en la encarnación del Verbo divino, encarnación que se realiza plena y únicamente en Jesús de Nazaret, donde la naturaleza divina asume la naturaleza humana "sin mezcla ni mutación, sin separación ni división", en una sola persona (*prósopon*) y una sola sustancia (*hypóstasis*), como lo establece el Concilio de Constantinopla, según aquella genial fórmula de la fe ortodoxa que sigue vigente en toda la Iglesia:

> Que se ha de reconocer a uno y el mismo Cristo, hijo, señor, unigénito, en dos naturalezas sin mezcla, sin mutación, sin separación, sin división. De ninguna manera suprimida la diferencia de las naturalezas por la unión,

sino más bien salvada la propiedad de cada una de las naturalezas, que concurren a una persona (*prósopon*) y una hipóstasis (DS 302).

Al parecer, con tan precisa fórmula filosófica helenista —derivada del debate entre la escuela alejandrina y la antioqueña— el Concilio buscaba preservar el *carácter trascendente de la iniciativa divina,* al mismo tiempo que su *asunción de todo lo creado en la única economía de la salvación*. Porque no se trata de confesar la pureza divina para contrarrestar la lectura monofisita que reduce a Cristo a su mera condición divina, ni tampoco se trata de afirmar solamente la inmanencia de la creación según la versión nestoriana, sino de confesar la *hybris* que asume la inmanencia como destino trascendente por y a través de la encarnación del Verbo de Dios.[1]

En un estilo de teología contextual posmoderna que lee la encarnación como *mestizaje* divino-humano (Elizondo) y como *migración* (Groody) de Dios hacia la historia humana, con los condimentos de la filosofía, la antropología, la estética y la historia de la cultura mestiza, el hijo de Mexicali se reconoce en un antiguo y nuevo *locus theologicus*. Se trata de un modelo que encontró nuevo vigor desde hace ya medio siglo con la experiencia y la reflexión de la teología hispana en los Estados Unidos, a saber, el mestizaje como paradigma de futuro para la humanidad. "El futuro es mestizo" decía Virgilio Elizondo hace medio siglo y señalaba hace un par de décadas a Tonantzin Guadalupe como madre de la Nueva Creación precisamente por ser el icono de lo divino que se encarna en su seno. Ella misma con los rasgos de la nación mestiza que había surgido del choque-encuentro de dos culturas deviene icono de ese otro mundo posible por la superación de las diferencias.

Porque, en efecto, en estricto sentido teológico tal es el lugar donde acontece la revelación del Dios: Jesucristo es la migración divino-humana llevada a su perfección en el orden de la comunión realizada. Su *kénosis* denota la experiencia divina que cruza las fronteras del mundo celeste y se convierte así en figura de la migración humana que está llamada a cruzar incesantemente las fronteras de la pureza, la identidad individual o de grupo, la complacencia,

[1] Para una descripción histórica, con acento en la hermenéutica, de la fórmula conciliar desde las preguntas modernas y latinoamericanas, véase S. ZAÑARTU, "Reflexiones sobre la fórmula dogmática del Concilio de Calcedonia", en *Teología y Vida* 39 (1998) 155-184. Disponible en www.jesuitas.cl/files/documentos/szanartu/Articulos/CalcedoniaArt.pdf (fecha de consulta: 25 de enero de 2011).

la autoafirmación narcisista, etc. Así, la narración cristológica radicaliza el afán divino de ofrecer el don de la vida a su creación amada.

Sin embargo, no sólo estamos hablando de una poética del abajamiento en el sentido de H. Urs von Balthasar, sino que se postula una *teodramática*. Dios asume el dramatismo de la historia y de la cultura, pero con rasgos históricos y contextuales; Dios se abaja para rescatar su creación de la vanidad, la injusticia, el resentimiento, el odio y la muerte. En el caso de la humanidad en tiempos de globalización, se trata de una vida amenazada por procesos económicos, sociales, políticos, de género y religiosos donde predomina la exclusión y la muerte. Estos procesos, en vez de nutrir a la humanidad con el alimento de la dignidad reconocida y los derechos humanos respetados, la someten a una anorexia colectiva, expoliándola de sus nutrientes por medio de la codicia del capital, del poder mediático, del control sobre las conciencias, de la homofobia, la conculcación de los derechos humanos y el perverso mercadeo religioso.

En esta correlación entre la historia y la estética del mestizaje por un lado, y el contexto socio-político y sacramental por el otro, se juega, a nuestro juicio, la originalidad de la obra. La intuición que preside la reflexión teológica del dominico fronterizo y bicultural que es Ángel Méndez Montoya radica precisamente en percibir, comprender y comunicar el *sentido alimentario* de la teología. Esto significa que el autor nos abre a la posibilidad de comprender la palabra humana y divina como alimento y festín, retomando así la acepción primitiva de la carne (*sarx*) en relación de alteridad trascendente, y así nos emplaza a poner en entredicho las palabras humanas (las obras, los procesos y las estructuras simbólicas y sociales) que no nutren sino que aniquilan a las personas, a las sociedades y finalmente al planeta entero.

Sean pues estas palabras una provocación para abrir el *apetito teológico* y degustar el manjar que nuestro chef fronterizo ha puesto sobre la mesa.